

I. INTRODUCCIÓN

1.1. El estudio del habla de negro literaria

El objetivo del presente trabajo no es otro que el de estudiar una serie de textos literarios españoles —y algunos portugueses— del siglo XVI en los que se utiliza la llamada *lengua de negro*, *hablar guineo*, *bozal* o, en portugués, *língua de preto*. Esta habla no dejó huella alguna en el español de la época, pues los negros formaban un grupo minoritario sin influencia posible en una sociedad que despreciaba todo lo relacionado con ellos —incluida, por supuesto, su manera de expresarse—. Sin embargo, su estudio resulta interesante y pertinente porque, al igual que otros casos de hablas afrohispanas en América, la que aparece en estos textos desarrolla tendencias de evolución internas del castellano, es muestra de procesos individuales de adquisición del español como lengua extranjera y desvela mecanismos de creación de códigos de urgencia. Todos estos fenómenos nos sirven para conocer mejor nuestro idioma, su adquisición por parte de extranjeros y su funcionamiento como lengua franca entre individuos alóglotas.

Al tratarse de un ejemplo de lenguas en contacto, enmarco la investigación dentro de la sociolingüística, disciplina que se encarga de estudiar la lengua, diacrónica y sincrónicamente, en relación con el entorno social y situacional en que se manifiesta. Dentro de este contexto, la sociolingüística estudia los factores lingüísticos y extralingüísticos que condicionan la competencia de una comunidad de habla. Asimismo, presta atención a las actitudes que producen discriminación hacia los hablantes en cuya habla se encuentran determinados fenómenos estigmatizados por el resto de la comunidad. En el caso que aquí me ocupa, los negros sufren una discriminación lingüística que es recogida en las obras literarias donde aparecen como personajes.

Desde la década de los sesenta del siglo pasado ha habido una gran cantidad de investigadores que se han interesado por las lenguas francas y los criollos y, dentro de ellos, lo que podemos denominar *afroespañol*, es decir, el castellano hablado por subsaharianos o sus descendientes en el ámbito hispánico. A este auge de la criollística y el estudio de lenguas en contacto han contribuido la sociolingüística y la gramática generativa. La sociolingüística

ha ofrecido algunas ideas y métodos para el estudio de las lenguas en contacto, las investigaciones sobre criollos y la influencia de lenguas minoritarias en la evolución de las dominantes. Por su parte, la gramática generativa considera de gran importancia el estudio de las *desviaciones* que se producen en las variedades diastráticas –entre las que se incluye el habla bozal– porque en ellas se manifiestan tendencias de evolución internas de la lengua.

La relativa novedad de la criollística es la que impidió que –con algunas excepciones– se recogieran con método científico testimonios orales del habla bozal que usaron los últimos esclavos hispanoamericanos o de las huellas que esa variante lingüística dejó en el español de las comunidades afrohispanoamericanas. Con sus *Kreolische Studien* (1882-1891), Hugo Schuchardt fue el pionero o precursor en el estudio de los pídginés y los criollos en el marco de los estudios de las lenguas en contacto que se vieron favorecidos a finales del XIX por el cambio en las ciencias naturales y por la teoría de la evolución de Darwin. Se observó que los cambios lingüísticos se producían cuando una lengua entraba en contacto con otra y luchaba por su supervivencia. Schuchardt propuso nuevas metodologías y echó por tierra la corriente predominante que no reconocía ninguna lengua mixta al introducir la idea de que no existían lenguas no mezcladas. La disciplina que estudia el contacto de lenguas nació, pues, casi al mismo tiempo que la esclavitud era abolida en Cuba, último territorio español donde, a pesar de que la prohibición databa de 1880, solo se hizo realmente efectiva en 1886¹.

El primer problema con que el investigador se encuentra al emprender el estudio lingüístico sobre textos orales de los que solo existen testimonios literarios es su grado de fiabilidad. Es evidente que, en esta como en cualquier otra habla de grupo literaria, se conjugan dos factores esenciales: la reproducción de la realidad y la estilización creadora que los fines estético, lúdico o didáctico de la literatura imponen. A este respecto –y a pesar de que lo que para algunos es imitación realista, para otros es mero estereotipo–, hay una cierta unidad de criterio entre los investigadores al considerar dos periodos:

1.º) Siglos XV y XVI. Etapa fundamentalmente imitadora y reproductora de la realidad lingüística de los esclavos.

¹ La trata fue prohibida internacionalmente en los congresos de Viena (1815), Aquisgrán (1818) y Verona (1822).

2.º) Siglo xvii. Etapa para la que hay dos opiniones:

- a) Unos (Granda, 1978: 217) afirman que lo que predomina en esta fase es el elemento convencional, estilizado y creativo.
- b) Otros (Lipski, 1992: 388) aseguran que, además de reflejar la posible consolidación de un estereotipo, los rasgos que aparecen en el habla de negro literaria son propios de la de los extranjeros que adquieren el español como L2: un *foreigner talk* aprendiz.

Consecuentemente, he escogido para mi trabajo solo obras del primer periodo. No pierdo de vista su naturaleza literaria con la intención siempre de discernir lo que responde a una realidad y lo que es fruto del tópico o del estilo del autor. Tengo en cuenta, además, los posibles errores de transmisión que, en el habla de negros, resultan más difíciles de distinguir de las variaciones intencionadas por no contar con testimonios auténticos con los que contrastarlos. Pienso, como Oesterreicher (2004: 755-756), que la mimesis de lo hablado que se halla en obras literarias –sobre todo, dramáticas– se debe incluir dentro de las nueve situaciones comunicativas *ideales* que favorecen la producción de testimonios de lo hablado escrito y de las que debemos partir para el estudio completo de la lengua de los Siglos de Oro.

Por medio de un enfoque diacrónico comparativo entre los rasgos extraídos de los textos y los de otras manifestaciones lingüísticas afrohispanas recogidas en los dos últimos siglos, intento demostrar la autenticidad de aquellos como ejemplo del modo de expresarse de los bozales del xvi. Para la comparación, me valgo de investigaciones de criollística hispanoamericana y de trabajos sobre la variante ecuatoguineana del español. Mi intención es confrontar los rasgos del literario hablar guineo con los de los criollos hispanos –papiamento y palenquero–, las variantes dialectológicas afrohispanoamericanas –español hablado por los negros bozales en zonas de notable presencia africana– y el español de Guinea Ecuatorial. Del análisis pretendo extraer los elementos comunes a todas las variantes que me permitan asegurar la legitimidad de los que aparecen en las obras literarias y separarlos de los que podían ser mera invención del artista o distorsión propia del estereotipo. De este modo, nos podemos hacer una idea aproximada de cómo hablaban realmente los negros esclavos que, por no haber nacido en la península, no manejaban correctamente el código de la sociedad a la que arribaron. Se trata, por tanto, de una labor de reconstrucción del hablar guineo a partir de

unos textos de naturaleza literaria en los que resulta difícil discernir la imitación de la creación. A pesar de que se tenga presente que, para los escritores, los rasgos de esta habla eran más un recurso artístico que un reflejo directo de la realidad, se debe intentar ver a través de las convenciones para averiguar la realidad lingüística que en ellas subyace. Es, en definitiva, lo que hacen los especialistas que han dedicado sus estudios al habla bozal hispanoamericana aunque estos, en algunos casos, tienen la ventaja de contar con los descendientes de los esclavos en cuyas comunidades todavía hoy se pueden rastrear huellas del bozal, y con textos extraliterarios —etnográficos, doctrinales, lingüísticos...— que intentan imitar con voluntad realista dicha habla. Relaciono, por consiguiente, todas las modalidades de *afroespañol* que se han dado como consecuencia del contacto entre nuestra lengua y otras subsaharianas tanto en la península como en Hispanoamérica o en la misma África.

Una vez demostrada su autenticidad, el siguiente problema que el habla de negro literaria plantea es el de su naturaleza, es decir, qué lugar ocupa dentro del conjunto de variedades lingüísticas que nacen del encuentro de hablantes alóglotas. Al clasificarla, el habla de los negros bozales peninsulares del XVI se suma a otros testimonios históricos o actuales del mismo fenómeno procedentes de Hispanoamérica. Se pueden establecer, de este modo, paralelismos entre la lengua bozal europea, la lengua bozal americana y los procesos de adquisición de segundas lenguas y de criollización.

También en el debate sobre la naturaleza del habla de negro literaria son dos las teorías más relevantes:

- a) Según Lipski (1992: 384), el portugués deturpado del negro refleja no solo las simplificaciones y errores característicos del mal aprendizaje de una lengua extranjera sino también la formación de un pidgin. Para Teyssier (1959: 248-249) este pidgin se originó en Portugal y en él, debido a la gran variedad de lenguas que los esclavos tenían como nativas, no había elementos sustráticos africanos. En el habla de negro española, por su parte, además del mismo proceso de adquisición que experimentaban los negros recién llegados a Portugal, se daría una influencia del portugués. Tal influencia, patente en los lusismos, reflejaba la realidad del prolongado contacto de la mayoría de los esclavos con los portugueses durante la estancia de aquellos en los depósitos de los mercados del país vecino. Pero, al mismo tiempo, podía ser reflejo

del conocimiento que los castellanos tenían de su literatura, dado que fue en la portuguesa donde surgió la figura del negro con su hablar característico. A grandes rasgos, estas ideas estarían enmarcadas dentro de la denominada *teoría poligenética*, que sostiene el origen independiente de los distintos pídgenes y criollos, que –frente a Teyssier– admite diferentes influencias sustráticas en cada caso y que explica las coincidencias entre unos y otros por el idéntico proceso formativo que experimentan. No hay que olvidar, por último, que las hablas pidginizantes surgen al entrar en contacto dos interlocutores alóglotas que, por necesidades comunicativas, se ven obligados a hacer uso de uno de los dos idiomas. Normalmente, el escogido es el de prestigio transformado en un habla de extranjero por el propio nativo para facilitar la tarea de codificación-decodificación del aprendiz. Se trata, pues, del inicio de un proceso de adquisición de una lengua extranjera.

- b) Otros (Granda, 1969, 1978), aun teniendo en cuenta las vías directas² de introducción de elementos lingüísticos subsaharianos en el habla de negro castellana, proponen una hipótesis opuesta a la anterior. Los esclavos traían a la península un pidgin afroportugués ya estructurado desde tierras africanas y que había nacido allí como consecuencia de la necesidad urgente de comunicación entre los portugueses y los diversos pueblos con los que se encontraron a lo largo de la costa africana y con los cuales tenían que comerciar. Es este supuesto pidgin el que sirve de base para la llamada *teoría monogenética* que afirma que todos los pídgenes y criollos afroeuropeos (e incluso euroasiáticos) procederían de él y, por tanto, también la *fala de negro* portuguesa y –estilizada, reestructurada, relexificada y crecientemente descriollizada– el habla de negro castellana. Por consiguiente, para Granda (1968a: 71-72 y 1978: 31-323), el estudio del habla de negro literaria del xvi se debe enmarcar dentro de su propuesta del plan de investigación de las hablas criollas en áreas hispánicas.

² El contacto sin intermediación portuguesa entre castellanos y subsaharianos hasta 1580 se produjo gracias a tres vías: la trata sahariana de negros, los viajes marítimos de comerciantes canarios y andaluces a Guinea y los contactos de carácter misionero y religioso. Estas vías favorecieron la familiarización de los marinos españoles con las costumbres y la expresión lingüística de los guineos (Granda, 1969: 460-466).

En lo que respecta al presente trabajo, tras el examen de distintas investigaciones sobre criollística, adquisición de segundas lenguas, universales lingüísticos y sociolingüística, así como otras de carácter histórico y literario, me inclino preferentemente por la teoría poligenética. No obstante, delimito su objeto de estudio –el habla de negro literaria del xvi como interlengua– y lo distingo de otras variedades lingüísticas –los pídginés y criollos– con las que guarda evidente relación por su origen común. Por último, una vez incluida el habla de negro literaria dentro de un proceso de adquisición de segunda lengua (ASL), clasifico los rasgos lingüísticos que, en conjunto, caracterizan a esta variedad del español áureo. En paralelo y para explicar el origen de tales rasgos, busco antecedentes en las tendencias de evolución de la lengua romance o en posibles influencias sustráticas de los idiomas nativos africanos.

Evidentemente, es imposible concebir este trabajo sin la transcripción e interpretación de los veintisiete³ textos o fragmentos de obras literarias del xvi. Todos han sido editados recientemente; sin embargo, debido a que los negros son personajes muy secundarios cuya función en la trama nunca es absolutamente esencial a no ser que protagonicen la obra, la interpretación y/o el estudio de su lenguaje está ausente o es muy deficiente en *Tesorina* de Huete, en las obras de Sánchez de Badajoz, en la *Farsa de Lucrecia* de Pastor, en la *Comedia Rosabella* de Martín de Santander, en el *Entremés de los negros* de Aguado o en los anónimos *Égloga al Sanctísimo Sacramento sobre la figura de Melquisedec* y el *Entremés séptimo: de los negros de Santo Tomé*.

1.2. Selección documental

Como la investigación que aquí desarrollo versa sobre el habla de negro reflejada en la literatura del xvi, he procurado que los textos escogidos para su estudio hayan sido publicados o escritos durante ese siglo. De las veintinueve obras, tan solo las dos primeras y las dos últimas no cumplen con este propósito: las composiciones de Fernão da Silveira y de Anrique da Mota,

³ Hay dos textos más que estudio pero que no transcribiré: porque el negro se expresa en un castellano correcto (*Coplas de cómo una dama ruega a un negro...* atribuidas a Reinoso) o porque el testimonio de habla bozal es cuantitativamente insignificante (*Comedia Pródiga* de Luis de Miranda).

aunque publicadas en el *Cancioneiro Geral* de Garcia de Resende (1516), fueron escritas a finales del siglo anterior, pero se recogen aquí por su carácter inaugural. En cuanto a las de Simón Aguado y la anónima del *Entremés de los negros de Santo Tomé*, publicadas en la primera década del xvii, me sirven para enmarcar, por el otro extremo, todas las obras anteriores.

El criterio escogido para la selección de los textos ha sido el de que en ellos aparecieran negros que se expresaran en el español —o el portugués de los tres autores lusos— deturpado que los caracterizaría como figuras dramáticas. No obstante, también he tenido en cuenta para el desarrollo del estudio, otros personajes literarios africanos de épocas anteriores o posteriores que no se expresan en guineo, pero que me sirven para contrastarlos con los que aquí se analizan.

Por no recogerse de manera objetiva en otro tipo de textos, me he ceñido a los literarios, la mayoría de los cuales se incluyen dentro del género dramático. Se trata de obras en las que el autor intenta imitar cómo hablan los negros bozales que, por esas fechas, se están incorporando en masa a las sociedades ibéricas gracias al desarrollo portugués de la trata moderna de esclavos. Dos factores impiden que los negros aparezcan, en la mayoría de los casos, como protagonistas de las obras y limiten sus intervenciones a lo anecdótico y muy secundario: que su llegada en grandes cantidades sea un fenómeno nuevo y que, una vez integrados, formen parte del estrato social más bajo y despreciable.

Para facilitar la tarea a la hora de citar ejemplos de las veintinueve obras del xvi que recogen testimonios de habla bozal, he optado por abreviarlas de la siguiente manera: si se trata de una única obra de un autor determinado, aparece una sola abreviatura seguida por uno o más números que corresponden a los versos o líneas donde se encuentra la cita (ej.: *Cl*, 42). Si, por el contrario, un autor cuenta con varias obras en las que actúan personajes negros con su hablar característico, se especifica del siguiente modo: una abreviatura que corresponde al autor, un punto y coma, otra abreviatura que alude a la obra, una coma y el número del verso o la línea (ej. Ru; *Eu*, 18). Caso distinto es el de las composiciones de Rodrigo de Reinosa ya que, al ser llamadas *Coplas* las dos, son citadas como *Co1* y *Co2*. Como excepción, no aparecerán las abreviaturas de autor o de obra si han sido nombrados previamente en el mismo enunciado.

1.3. Apunte histórico: la trata moderna

El fenómeno lingüístico que estudio en este trabajo es consecuencia de unas circunstancias socio-históricas sin cuyo conocimiento sería imposible su comprensión. Es por eso por lo que, con la mayor brevedad posible, expondré unas notas que lo sitúen en su contexto histórico y social y que, junto con otros datos antropológicos y culturales que van apareciendo a lo largo del estudio, contribuyen a una mejor interpretación del hecho lingüístico.

El hablar guineo es una modalidad lingüística que se encuentra en obras literarias y musicales españolas y portuguesas en boca de negros esclavos. Nace como consecuencia de la importación masiva de subsaharianos que llevaron a cabo los portugueses en la Edad Moderna. La aparición del bozal en la literatura y en la música es paralela a la de la mayor presencia física de los negros en las sociedades ibéricas. Por todo ello, resulta conveniente contar con algunos datos históricos como la procedencia de los esclavos, las circunstancias que rodeaban el comercio de hombres, el itinerario de las rutas esclavistas, el reparto del negocio entre las distintas naciones o la integración de los negros en las sociedades de acogida.

Aunque la esclavitud en los reinos de la península ibérica había existido desde la antigüedad, fue a partir del siglo xv y gracias a la expansión portuguesa por la costa atlántica africana cuando comenzó una trata de esclavos negros a gran escala que se desenvolvería a lo largo de los tres siglos siguientes. Este desarrollo del comercio esclavista respondió a la demanda progresiva de mano de obra de una economía europea en crecimiento.

Antes de 1479, fecha del Tratado de Alcazovas, había abundantes esclavos negros en los reinos de Aragón y Castilla y, por supuesto, en Al'Andalus. Sin embargo, fue a partir de la firma del mencionado tratado cuando la presencia negra en la península se acrecentó notablemente.

Para los partidarios de la teoría monogenética sobre el origen de las hablas pídginas o criollos afrohispanicos, el hecho de que los negros, a partir del Tratado de Alcazovas, provinieran, casi en exclusiva, de los mercados portugueses tiene esencial importancia para entender tres fenómenos lingüísticos interrelacionados: el habla de negro literaria, las hablas bozales afrohispanoamericanas y el desarrollo de algunas de ellas como criollos. Según los defensores de dicha hipótesis, las tres variedades partieron en su formación de estructuras lingüísticas portuguesas en las que se podían encontrar ciertos

rasgos de distintas lenguas africanas, especialmente aquellas cuyos hablantes sufrían en mayor medida la esclavitud (Granda, 1978: 216-233).

Prueba de la rápida normalización de la esclavitud negra en Portugal es que, en 1460, la posesión de esclavos subsaharianos se había convertido en símbolo de distinción en los hogares lusitanos (Thomas, 1998: 63)⁴. El humanista flamenco Nicolás Cleonardo (1495-1542), que vivió durante algunos años en la corte portuguesa como preceptor del infante Alfonso, cuarto hijo de D. Manuel I, comenta al respecto:

Os escravos pululam por toda a parte. Todo o serviço é feito por negros e mouros cativos. Portugal está a abarrotar con essa raça de gente. Estou quase em crer que só em Lisboa há mais escravos e escravas que portugueses livres de condição. Dificilmente se encontrará uma casa onde não haja pelo menos uma escrava destas (Fernandes, 2006: 142, n. 295).

De ahí que la primera aparición del habla de negro en la literatura ibérica se registre en dos composiciones portuguesas del *Cancioneiro Geral* de Garcia de Resende que, aunque publicado en 1516, recoge textos literarios anteriores. En la primera y más antigua de ellas –1471–, Fernão da Silveira hace hablar a un rey de Sierra Leona según la manera característica de los negros que, por aquel entonces, llegaban a Portugal a bordo de carabelas. El rey africano se presenta como vasallo del padre de la princesa a cuyos desposorios acude. El segundo texto –probablemente de finales del xv o principios del xvi– es obra de Anrique da Mota y en él aparece una esclava negra que habla un portugués deformado.

Como consecuencia del desarrollo del comercio esclavista, se dio un apreciable incremento de la población negra en Portugal. Especialmente en Lisboa y en el sur del país donde tenía las sedes la Compañía de Lagos que, fundada en 1444, se encargaba de dicha actividad mercantil. Esto mismo ocurrió en Andalucía cuando se extendió la trata a algunos puertos andaluces –principalmente, Sevilla, Cádiz y El Puerto de Santa María–: desde las islas Canarias, se desarrolló durante el siglo xv un activo comercio hispano-

⁴ En España, la costumbre de tener esclavos domésticos –y el prestigio social que conllevaba– se extenderá a partir del siglo xvi coincidiendo con el apogeo del mercado portugués que tenía en Sevilla su segundo puerto de importancia (Weber de Kurlat, 1963: 382-383).

africano que, entre otros productos, compraba siervos moriscos, berberiscos y negros, y que llegaba hasta las costas de Senegambia e, incluso, al golfo de Guinea (Álvarez Nazario, 1974: 21-24). A este hecho parecen hacer alusión las *Coplas a los negros y negras* de Reinosa ya que es precisamente en Sevilla donde se motejan un negro *gelofo mandinga* y una negra *guinea*. Desde las regiones africanas a que hacen alusión se transportaban esclavos directamente a la capital andaluza antes de la firma del Tratado de Alcazovas.

Esta competencia provocaría conflictos con el reino lusitano que, tras la guerra entre Alfonso V y los Reyes Católicos –1475-1479–, conducirían a la firma del Tratado de Alcazovas, por el que Castilla reconocía a Portugal los derechos y privilegios de tráfico, comercio, evangelización y conquista en el África negra. Durante dicha guerra, los andaluces intentaron romper con el monopolio que, en 1452, el papa Nicolás V les había otorgado a los portugueses para conquistar y esclavizar a los habitantes de Guinea.

La importación de esclavos africanos a través de los puertos atlánticos andaluces durante el siglo xv dio lugar a un desarrollo de la población negra en esta región. A finales del xvi, según cálculos de Domínguez Ortiz, había en España un número de esclavos que oscilaría entre los 100.000 y los 300.000 –aproximadamente un 1% del total de habitantes de todo el país–. La mitad de estos africanos vivía en Andalucía, principalmente en las provincias de Sevilla, Huelva y Cádiz. De hecho, Sevilla era, después de Lisboa, el mercado negrero más importante de la península desde finales del siglo xv y esta circunstancia tuvo repercusiones demográficas. Según un censo eclesiástico, en 1565, el 7,2% de la población sevillana –6.327 individuos– era esclava.

Desde 1479 hasta 1640, fechas que abarcan el periodo histórico en que se publican las obras que aquí estudio, los portugueses habían sido los principales proveedores de población esclava para la corona española e incluso, durante un periodo de 45 años –1595-1640– que coincide con el de la unión de los dos reinos peninsulares, gozaron del asiento exclusivo para este comercio de personas.

De hecho, la trata a gran escala empieza a internacionalizarse a finales del siglo xvi, cuando cae drásticamente el poderío portugués en África. Hasta entonces, las factorías en África negra habían sido todas portuguesas (Thomas, 1998: 151-179). Sin embargo, los tratantes castellanos siguieron trabajando junto con pescadores –canarios y andaluces sobre todo– que

complementaban sus ganancias con el comercio esclavista. El Tratado de Alcazovas les permitía hacer cabalgadas en Berbería y el posterior de Tordesillas –1494– reconocía el derecho preferente de los castellanos sobre una extensa zona africana en la que Castilla ejercía una constante actividad política y económica –factorías, cabalgadas, pesquerías, etc.–. Este territorio estaba comprendido entre el cabo Aguer (Agadir) y el de Bojador (Rumeu de Armas, 1977: 360); por lo tanto, dicha región limitaba al sur con Mauritania, lo que permitía a los castellanos comprar esclavos sudaneses a los tratantes saharianos que tenían allí su mercado.

¿Cuál era, pues, el origen de los esclavos españoles del siglo xvi? Hay que aclarar primero que, según la religión que profesasen, había dos tipos de esclavos: los musulmanes, que podían ser blancos o negros y que procedían del reino de Granada, del norte de África o de la zona subsahariana islamizada –los oriundos de la zona de Senegambia y su interior: jefofes y mandingos sobre todo–; y los animistas, negros subsaharianos que llegaban a España principalmente por dos vías: la atlántico-portuguesa y la sahariano-musulmana.

Este último dato permite a Bernard Vincent (2000: 59-66) dividir a los negros esclavos peninsulares en dos grupos: los que residían en Portugal, Extremadura y la Andalucía Occidental provenían de las factorías portuguesas; los que habitaban en la Andalucía Oriental y los reinos de Valencia y Murcia, del mercado magrebí.

Sin embargo, la realidad del origen de la mano de obra esclava era más compleja que la que presenta Vincent. Como se ha visto, los tratantes no solo eran portugueses o musulmanes; también los había castellanos y de otras nacionalidades europeas. Así pues, el lugar de procedencia de los esclavos dependía de los comerciantes a los que se compraban ya que la zona de abastecimiento era distinta para los tratantes musulmanes que para los portugueses, castellanos, marseleses, provenzales o genoveses.

Nicolás del Castillo (1982: 1-21), al referirse a la procedencia de los esclavos que llegaban al puerto colombiano de Cartagena de Indias, establece varios periodos según el origen de los africanos. De esas etapas, las que interesan en este estudio son las que comprenden el siglo xvi: la de 1533 a 1580, y la de 1580 a 1640. En el primer caso, los negros procedían sobre todo de la zona que se extiende desde Senegambia a Sierra Leona; mientras que, en

el segundo, predominaban los de las costas de Congo y Angola. Estos datos son muy importantes a la hora de establecer las posibles influencias lingüísticas africanas en el habla de negro literaria pues, aunque las lenguas que se hablan en las zonas mencionadas pertenecen todas a la misma subfamilia nígero-congoleña, no se clasifican dentro del mismo grupo y los sistemas fonológicos y las estructuras gramaticales pueden ser muy distintos.

Por otra parte, la identificación de moros y negros debida a que en muchos casos compartían estado, religión y lo que Mario Barbieri (2005: 333) denomina *alteridad*, dio lugar a que, durante la Edad Media, el término *moro* fuera frecuentemente sinónimo de *negro* en la península ibérica (Horta, 1991: 51). A este hecho se refiere Tinhorão (1988: 47, 76-77) al decir que no se puede afirmar cuándo los cronistas portugueses de los primeros tiempos de las conquistas africanas hablaban de esclavos moros, bereberes o árabes propiamente dichos, o de negros nativos del África Ecuatorial, dado que, en sus escritos, no se preocupaban por definir lo que entendían por *moros y gentiles*, empleando siempre expresiones genéricas como *moros, moros negros, moros cautivos, cautivos* o simplemente *negros*. Ni siquiera este último término dejaba de ser ambiguo ya que servía para designar de forma genérica a todos los tipos raciales de piel morena: moros, etíopes y guineos. Por eso surgió la necesidad léxica de diferenciar a los subsaharianos de los otros y de ahí la denominación de *preto, -a* que empieza a aparecer en documentos escritos a comienzos del siglo xvi. Pero no solo en la península ibérica se daba esta confusión: la danza llamada *morisca*—de raíz claramente musulmana como indica su nombre—era un baile popular que, desde comienzos del siglo xv y a lo largo del xvi, se convirtió en cortesano en toda Europa. Los bailarines se disfrazaban de negros, como demuestra Barbieri (2005: 334-335) al exponer datos documentales referidos a esta danza en cortes francesas, italianas e inglesas. Datos que le sirven al investigador para argumentar la filiación de la *mourisca retorta* que se nombra en el *Breve* de Fernão de Silveira con una corriente coreográfica popular y cortesana.

La identificación negro-moro ha confundido en ocasiones a la crítica. Por ejemplo, varios de los rasgos⁵ del habla deturpada de extranjero que un

⁵ Verbos no flexionados, uso del pronombre objeto *mí* como sujeto, confusión de *ser* y *estar*, ausencia de determinante. La confusión puede haberse debido a que el esclavo no xexea, rasgo identificador del habla de moro que, por otra parte, también se da en algunas hablas de negro.

esclavo utiliza en una trova de Rodrigo de Monsanto recogida en el *Cancioneiro Geral* de García de Resende⁶ han hecho pensar a alguno –Rodríguez (2000: 619)– que se trata de un negro. Sin embargo, el antropónimo árabe *Moley* (v. 9) con que su amo se dirige a él y el insulto de *perro arrenegado* (v. 14) hacen pensar más bien en un moro a pesar de que *perro* se utilice tanto para moros como para negros o judíos y que *renegado* se pueda atestiguar –aunque excepcionalmente– dirigido a una negra a la que aludo más adelante (Ba; He, 91).

Esta circunstancia ayuda a comprender el hecho de que tanto los personajes negros y moros como sus hablas aparezcan, sobre todo en los primeros testimonios literarios bozales⁷, confundidos en algunas obras. Aunque con el nombre algo cambiado –*Boruga* por *Boruca*–, en el auto V de la *Tercera parte de La Celestina* de Gómez de Toledo, vuelve a aparecer la negra que ya había intervenido en la *Segunda parte de La Celestina* de Feliciano de Silva. En ambos casos, el personaje –al igual que el negro Zambrán de la segunda– xexea, rasgo principal del habla de moro literaria. Pero, además, en la *Tercera Celestina*, Polandria, al hablar de Boruga con su criada Poncia, llama *mora* a la negra esclava: *Poncia, tenla a esa mora que, según es, no tardará en decirlo a mi señora Paltrana* (Tò, 207-208). También en la *Farsa de la hechicera* de Sánchez de Badajoz, aunque la negra no muestra rasgos lingüísticos del habla de moros, su interlocutor la insulta llamándola *reniego de Mahoma* (He, 91). Y lo mismo ocurre en el caso de Antón, personaje negro de la *Comedia Rosabella* de Martín de Santander, que xexea y a quien su amo Jasminio, tras invocar a Mahoma, insulta llamándole *puto moro* (Ro, 222), de lo que se queja el propio esclavo (Ro, 499).

Era lógico que la confusión se diera pues, en la realidad de la época, ambas peculiaridades étnico-religiosas podían encontrarse en una misma persona. A pesar de ello, las dos modalidades lingüísticas se diferenciarán notoriamente más tarde, a partir de Lope de Rueda, cuando se consolide la figura dramática del negro y cada personaje –negro y moro– se caracterice por su forma particular de hablar. Esta diferenciación no impedía, no

⁶ Cfr. parte II de este trabajo.

⁷ A finales del siglo xv y primera mitad del xvi, son numerosos los arabismos fonéticos y léxicos en algunos ejemplos de hablar guineo (cfr. *Br, Co, Ro, Si, Tò*).

obstante, algunas coincidencias entre ambas modalidades lingüísticas que eran debidas al hecho de que ni moros ni negros bozales tenían el español como lengua materna.

Afortunadamente, el habla de moro tiene una ventaja para los lingüistas: no se registra solo en obras literarias como la del negro, sino que hay ejemplos de textos extraliterarios escritos, principalmente en aljamía, por los propios moriscos. En ellos, al no intervenir la invención literaria, los rasgos lingüísticos del que escribe se consideran verdaderos y pueden servir para comprobar la autenticidad de los que un determinado autor pone en boca de su personaje moro. Así, el profesor Manuel Ariza, en su artículo sobre «La lengua de las minorías en el Siglo de Oro» (1992), estudia los rasgos del castellano utilizado por los moriscos en textos escritos por ellos mismos, sin interferencias literarias. En este trabajo, el investigador distingue las hablas de negro y de moro y afirma que

el [lenguaje] de los negros refleja solo los “defectos” de aprendizaje de un idioma; el de los moriscos presenta además el problema de interacción lingüística de dos lenguas: la árabe y la romance (1992: 52).

No tiene en cuenta el doctor Ariza que muchos de esos “defectos” de aprendizaje que registra en el habla de negro se deben a la influencia sustrática de la lengua materna del aprendiz, por lo que también en el caso del hablar guineo habrá que contar con la interacción lingüística para explicar algunos de sus rasgos. El problema aquí es que no nos han llegado textos escritos por negros bozales y tenemos que conformarnos con el reflejo de su habla que presentan los escritores cultos, cuyo carácter literario y burlesco —amén de las siempre posibles erratas de transmisión— distorsiona en gran medida la realidad.

Por otra parte, cabe esperar que, si hubo contactos entre Castilla y Guinea: directos y legales antes de 1479, directos e ilegales después de este año, o indirectos por medio de la trata transahariana, el habla de negro castellana no se vería “contaminada” necesariamente de lusismos (Granda, 1969: 460-467) y la teoría monogenética perdería cierta base argumental. Los seguidores de esta teoría parten del hecho de que los cautivos —la mayoría de ellos— eran comprados en ciudades portuguesas como Lisboa, Lagos, Tavira o Évora entre otras. Por ello y por el gran número de documentos en que se registran como *ladinos*,

deducen que muchos de estos negros hablaban portugués. Pero no todos: una parte de ellos no pudo aprender la lengua de sus tratantes por no haber nacido en Portugal o no haber pasado el tiempo suficiente en el país vecino; y otros, como se ha visto, no procedían de factorías portuguesas.

Así pues, por condicionamientos históricos del comercio esclavista, el habla de negro castellana podía contar con rasgos árabes, portugueses y de las lenguas maternas africanas. Estas últimas, en general, podían pertenecer a dos grupos distintos de una misma subfamilia –la nígero-congoleña–: atlántico occidental –Senegambia y Ríos de Guinea– o bantú –Congo-Angola–. La combinación o ausencia de algunos de estos rasgos dependía del origen, de la trayectoria y de la historia personal de cada esclavo, por lo que era muy difícil que se diera una completa uniformidad de habla. Sin embargo, la poca uniformidad no implicaba necesariamente la ausencia de características comunes en los diversos ejemplos del habla de negro del xvi y uno de los objetivos del presente estudio es el de demostrar su autenticidad al mismo tiempo que clasificar, analizar y estudiar sus procedencias posibles.

2. OBRAS

Los primeros textos literarios ibéricos donde aparecen personajes negros que usan la lengua de los bozales se encuentran en el *Cancioneiro Geral* de Garcia de Resende. Es, pues, en la literatura portuguesa del xv donde nace el personaje negro con los rasgos humorísticos que lo caracterizarán en siglos posteriores.

La recopilación de Resende fue publicada en 1516, pero recogía composiciones de años anteriores; en concreto, el texto de Fernão da Silveira, *Breve*, fue escrito y representado, probablemente, en 1471. Parece ser que debe su carácter inaugural al hecho de que se transcribiera y se conservara ya que las representaciones de danzas en las que participaban negros eran corrientes en Portugal a mediados del siglo xv y esta obra estaría inmersa en una tradición literaria y musical ya existente en el país vecino⁸.

⁸ Según Barbieri (2005: 334-335), la morisca era una danza que formó parte de la dramaturgia popular portuguesa hasta el siglo xviii. A comienzos del xv, este baile pasó a integrarse en las mascaradas, danzas y representaciones lúdicas que se daban en las cortes europeas. Así,